

EUROPA ECONOMICA, EUROPA POLITICA

SE está dando un énfasis considerable a la conversión en Diez de lo que se llamaba Club de los Seis, con la incorporación —firmada el sábado día 22, efectiva desde 1973— de Gran Bretaña, Irlanda, Dinamarca y Noruega a la Comunidad Económica Europea, que formaban Francia, Alemania Federal, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Se adelanta, en ese énfasis, la idea de un bloque histórico compacto capaz de equilibrar, con su fuerza, los otros dos bloques que influyen sobre este gran cabo del continente, los Estados Unidos y la Unión Soviética. La destemplanza con que en esos dos países influyentes se ha recibido la noticia, indica que, en efecto, el principio les desagrada.

PERO el principio sólo es un principio. Europa no son solamente esos diez países, sino treinta y dos. Si se eliminan de ellos los países de régimen socialista —porque la Comunidad está construida estrictamente sobre bases capitalistas— aún quedan veintitrés. Todo parece indicar que las trece naciones hoy ajenas a la Comunidad, aun con estructura económica capitalista, y algunas de ellas con tratados preferenciales con la C.E.E., irán reuniéndose poco a poco al gran núcleo. Será interesante que no lo hagan solamente arrastrados por la fuerza centrípeta y como consecuencia de situaciones inevitables, sino de una manera orgánica. Ciertamente, la inclusión de un país en la Comunidad no se hace, hasta ahora, sin dolor, y el espectáculo del desgarramiento británico en estos momentos de su ingreso —que veremos de una manera patente en los debates del Parlamento, cuando se trate de ratificar el acuerdo, ratificación que en los otros tres nuevos países se hará por referéndum— es una prueba de ello. En todo acceso a la supranacionalidad hay una pérdida, aunque por ahora sea mínima, de la nacionalidad.

ESTA Europa del dinero, de la industria, la agricultura y el comercio, que comienza a nacer, está de todas maneras muy lejos de ser un bloque, ni siquiera una unidad. Las querellas y las tiranteces de los Seis, desde la firma del Tratado de Roma —1957—, no han terminado aún, y difícilmente terminarán por la incorporación de cuatro nue-

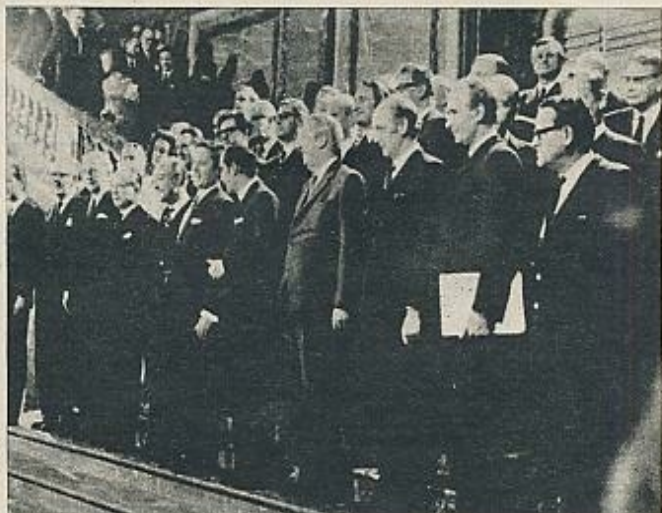
vos países, de tan distinto peso específico económico. Hay querellas hegemónicas más o menos subterráneas, hay ancestrales querellas históricas: no olvidemos que la historia de Europa es la de dos mil años —por lo menos— de guerras, de ocupaciones, de matanzas mutuas, hasta un pasado tan reciente que apenas ha cumplido un cuarto de siglo y que tiene protagonistas vivos y en puestos de poder. No olvidemos que la Comunidad nació prácticamente de un espíritu de guerra, a partir de la Doctrina Truman y del Plan Marshall, y de la constitución en 1952 de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, como una instrumentación de los Estados Unidos para cortar la posible influencia de la Unión Soviética.

EN esos momentos, la construcción de Europa tenía disimulada una función política: era anticomunista y estaba inscrita en la órbita de los Estados Unidos. Esa política de signo negativo sustitula con su «no» —no a la Unión Soviética, al comunismo— unas políticas positivas, que se reducían a ciertos términos abstractos —democracia, libertad—, que por una torsión semántica se consideraban como genuinos del «espíritu de Europa», soslayando el hecho de que en Europa ha habido algunos de los peores despotismos que recuerda la Historia y un espíritu agresivo de tal índole que hizo posible la gran empresa colonial que aún deforma el equilibrio del mundo. La Europa de los Seis, de los Diez, no tiene hoy ni siquiera ese embrión de política. La gran razón comercial ha cambiado hasta cierto punto de frente: trata de oponerse sobre todo a los Estados Unidos y ha dejado de considerar a la Unión Soviética como la fuente de una posible agresión. Los Estados Unidos se inquietan ahora del nacimiento de un grupo, cuyos diez países realizan ya el 40 por 100 del comercio mundial, con unas exportaciones de 55.000 millones de dólares (Estados Unidos, 43.000 millones) y un producto nacional bruto de 625.000 millones, inferior notablemente al de los Estados Unidos (un billón de dólares), pero en continua expansión (cifras de 1970). La inquietud soviética se dirige más bien al hecho de que la fuerza centrípeta de esta Europa del dinero pueda fascinar a las democracias populares, atraerlas irresistiblemente.

El primer ministro británico, Edward Heath, firma el acuerdo de integración de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea.



La «Gran Familia», que aumenta de seis a diez miembros, aparece unida como «un bloque histórico compacto capaz de equilibrar, con su fuerza, los otros dos bloques que influyen sobre este gran cabo del continente».



e. haro tecglen

Si algunos economistas de los Estados Unidos creen que las actuales dificultades de los Estados Unidos se deben sobre todo al auge del Mercado Común, en la URSS se sospecha que la revisión del socialismo en Checoslovaquia y los independentismos rumanos sean ya un principio de la atracción del núcleo europeo. Por otra parte, la URSS cree difícilmente que esta Europa se esté construyendo como una fuerza diferente a la de Estados Unidos: la amplia presencia de bases y soldados americanos en algunos países de la Comunidad les hacen asegurar que no hay independencia real en esas condiciones. Pero, además, estiman que la influencia económica de las empresas de Estados Unidos está lejos de desaparecer. Las Inversiones directas de Estados Unidos en la Europa de los Seis, en 1960, eran de 2.644 millones de dólares y, mediante una progresión continua, han llegado a los 10.194 millones en 1969; la balanza comercial, que en 1959 se había reducido a un déficit europeo —con respecto a Estados Unidos— de 280 millones de dólares, en 1970 presentaba un déficit de 2.405 millones.

¿ERA posible la construcción de una Europa política sobre esta Europa económica que se inicia? Harían falta muchos factores previos, que no parecen ni mucho menos inminentes. La Europa que se une por el capital tendría que unirse también por las poblaciones: haría falta una permeabilización de las fronteras no sólo para los productos, sino para las personas; un verdadero mercado común de la mano de obra no dirigido por los Estados —con sus actuales contingentes y sus mecanismos severos de control—, sino por la movilidad de la concurrencia; haría falta una tendencia a la identificación monetaria —por el contrario, la guerra monetaria está en marcha—, una intervención directamente popular en las decisiones, una recesión de los nacionalismos sin negar las particularidades, una política exterior común, un final de las hegemonías —y, al revés, la lucha hegemónica entre París y Bonn va a complicarse ahora por las justas pretensiones de Londres—. Haría falta, en fin, una Europa política que se produjera en el sentido de las necesidades de las poblaciones. Todo ello es una posibilidad, pero no una probabilidad, y ni el tiempo ni las fuerzas actualmente dominantes parecen jugar en favor de esa utopía de una Europa política.

ESA voluntad política parece existir en embrión, si aceptamos las declaraciones de los ministros que han firmado las nuevas adhesiones en Bruselas. El recién ingresado Heath ha hablado de la «herencia común de pueblos europeos»; el danés Krag ha insistido en que no basta con el progreso económico, sino que hay que aprender más: «Todavía no sabemos cómo gobernarlo, no sólo para que mejore el nivel de vida de todos, sino para que suprima las desigualdades de la sociedad y actúe en favor de los indigentes»; el irlandés Lynch cree que hay que reforzar el Parlamento Europeo; el italiano Malfatti dice que para responder a los «imperativos de nuestro tiempo» habrá que tener la «firme voluntad de transformarse en unión política»; el luxemburgués Thorn cree que el papel de la Comunidad no puede detenerse en lo comercial, sino que «pretende ser un factor de paz y de disminución de la tensión en el mundo»; el belga Eyskens acude a la «voluntad política y al espíritu europeo»... ¿Simples juegos verbales? Con o sin verdadera intención de realizarse, quizá en algunos casos con la idea de no alienarse las oposiciones de sus respectivos países, la realidad es que está absolutamente flotante esa idea de la política común por encima del intercambio de productos. Podría pensarse que la verdadera oportunidad de Europa hubiera sido proceder inversamente —dotarse de instituciones políticas, de ideología política, para después poder proceder a la unidad económica—, pero las presiones de la Historia no han ido en ese sentido. Es pronto para decir si estas presiones esterilizarán las posibilidades o, por el contrario, las permitirán en el futuro.

EL próximo paso europeo debe estar en la Conferencia de Seguridad, que este año debe comenzar a esbozarse probablemente en Helsinki, en una especie de reunión abierta casi en permanencia —aunque no institucionalizada— y que, si todo va bien, comenzaría a celebrarse en 1973, quizá con una perspectiva de años para llegar a acuerdos importantes. Pero en esa perspectiva está la retirada de tropas extranjeras de los países europeos —tropas de Estados Unidos, tropas de la Unión Soviética—, la reducción del Pacto de Varsovia y de la OTAN —con la lejana idea de la desaparición de los dos grupos militares hostiles— y la creación de unas instituciones supranacionales de las que formarán parte no sólo los Diez, sino todos los países europeos, incluidos los socialistas. Es posible que esta superposición política llegue a tener en el futuro mucha más importancia, incluso en lo económico, que la hasta ahora limitada Comunidad Económica Europea.



Jóvenes africanos se manifiestan en la ciudad de Monomatapa (Gwelo) protestando por el acuerdo de Gran Bretaña y el régimen de Ian Smith.

NEGROS FRENTE A BLANCOS EN RHODESIA

PUEDA SER
EL PRINCIPIO
DE UNA GUERRA
O
DE UNA REVOLUCION.

Durante la semana pasada, los disturbios de Rhodesia han producido trece muertos, todos ellos negros. El primer ministro, Ian Smith, los ha comentado con una siniestra frase: «¿Qué mayor prueba puede desear nadie de su falta de madurez, de su falta de civilización?», y ha explicado que una multitud «de mil gamberros ("hooligans")», gritando histéricamente, es ciertamente menos convincente para mí que los puntos de vista expresados por una sola persona con tranquilidad y lógica». Pero las personas que han expresado con notable tranquilidad y lógica sus puntos de vista opuestos a Ian Smith han sido, tranquila y lógicamente, encarcelados: Garfiel Todd, blanco, ex ministro, y su hija Judith; el dirigente del partido de Unión Popular Chinamano, el jefe nacionalista Knomo y algunas docenas de personas están en la cárcel. Algunos millares de notoriedad menor están en campos de concentración. La misión británica que acudió a Rhodesia para explorar el punto de vista de los negros con respecto a los acuerdos anglo-rhodesianos que legalizaban la independencia unilateral no han podido tratar con interlocutores válidos por esta razón. Los motines han tratado de hacer conocer, con su acostumbrada falta de civilización y de delicadeza, cuál era esa opinión.

Para muchos observadores, esta irrupción de los disturbios en Rhodesia significa que se ha abandonado toda esperanza de modificación de las circunstancias por las cuales 250.000 blancos dominan y explotan a cinco millones y medio de negros por vías exteriores —Gran Bretaña, las Naciones Unidas, la Organización de Estados Africanos— y comienzan una acción revolucionaria. La desproporción entre dominantes y dominados, aunque todas las fuerzas armadas y la aviación pertenezcan a aquéllos, podría resolverse en favor de los africanos, pero nadie duda de que África del Sur intervendría automáticamente, para evitar ser la víctima siguiente, ya que mantiene las mismas posiciones racistas que Rhodesia, y Angola sin duda haría otro tanto. Las fuerzas armadas de África del Sur constituyen un poderosísimo Ejército. ¿Intervendrían, como amenazan, otros países negros en favor de sus compañeros de raza oprimidos? ¿Habría una gran guerra africana, que conmovería todo el continente y sin duda repercutiría en Occidente, con difíciles tomas de posición y ayudas más o menos clandestinas, más o menos directas, a unos y a otros? No parece que esa desgarradura vaya a producirse así, pero en cambio sí es muy posible un conjunto de motines, manifestaciones, guerras de guerrillas, comandos y otras acciones de ese tipo, a las cuales no sería tan fácil hacer frente por parte de los gobiernos racistas, dadas las condiciones geográficas y humanas de la zona.

El estallido se esperaba desde hace muchos años. Es posible que esta sea su primera manifestación y que ya no se detenga. ■ JUAN ALDEBARAN.